

El autor saca a la luz certeramente (en el primer capítulo, «Saber vivir») la aspiración profunda de toda persona: su propia plenitud, el enriquecimiento interior, único que permanece seguro en el hombre; aquello que le hace ser más, y ser capaz de más, y no sólo tener más. Esa riqueza, que es a la vez excelencia y potenciación, auténtico incremento entitativo y operativo, no es otra cosa que la virtud en sentido clásico; y su posesión proporciona lo que todos llaman felicidad. Y de lo que en definitiva se trata es de buscar casi siempre por el modo de ensayo y rectificación las actividades o bienes que puedan proporcionarnos esa ganancia interior.

El dinero, el placer y el poder se han presentado a menudo como candidatos a ofrecer la felicidad buscada. Pero un análisis de su naturaleza y dinámica (los siguientes tres capítulos: «Todo hombre tiene un precio», «Placer y realidad» y «El poder corrompe») revelan que no pueden dar lo que prometen, pues quedan siempre en el exterior de la persona, vaciándola en lugar de llenarla. Y este mirar de nuevo al interior hace volver al autor (en un nuevo capítulo, «El logro de la excelencia») al tema de la virtud, vista ahora como bien humano y dirigida a lo bueno que nos sale al paso en el mundo. Atiende entonces Llano al modo práctico (eminentemente práctico es todo el libro) de desarrollar las virtudes, de dirigirse habitualmente a lo bueno. Y aparece así la indisoluble estructura del obrar moral humano: los bienes las virtudes y las normas, que se viven, además, siempre en relación con otros, en sociedad (incluyendo las virtudes y deberes para con uno mismo, que se revelan por tanto nunca sólo para con uno mismo).

El marco y culmen de las virtudes, del vivir humano logrado, es la búsqueda

de la verdad, en el convencimiento de que somos capaces de ello, y por ello en la verdad vivimos ya de algún modo. Esta tesis, sostenida desde los mismos inicios de toda filosofía, parece entredicha por el relativismo (por lo cual titula el capítulo «La verdad bajo sospecha») que se muestra tan aparentemente dominante como teórica y prácticamente insostenible. Pero no se trata de una búsqueda fría o sólo especulativa de la verdad, sino de una auténtica contemplación de ella, una contemplación amorosa. De manera que el libro culmina en un capítulo dedicado al amor («Arte de amar»), donde el autor despliega el hondo y pleno enriquecimiento que supone para la persona humana el amor. Lo cual saca a la luz la necesidad de defender el ámbito de lo peculiarmente personal en una sociedad cada vez más mecanizada, utilitaria y «cosificante».

Concluye el autor con unas «metas del vivir humano»; resume en pocas páginas lo esencial de la búsqueda recorrida en el libro, enmarcando lo ganado en la preferibilidad del paradigma de la fecundidad, contraria al de la mera eficacia. Resulta, por tanto, un libro muy vivo y muy vivido, profundo y sencillo, que ayudará tanto a principiantes como a estudiosos a redescubrir el corazón y la meta del arte de vivir que es la ética.

Sergio Sánchez-Migallón

George Edward MOORE, *Ética*, Ediciones Encuentro, Madrid 2001, 126 pp., 15 x 23, ISBN 84-7490-634-2.

La reedición española de esta breve obra de G.E. Moore (1873-1958), revisada por J.M. Palacios, de la Universidad Complutense, no tendría mayor relevancia si no fuera verdad lo que de

ella dice este profesor en una nota preliminar: «Sumándose al enjambre de tantos llamados libros de Ética como ahora pululan en castellano, ¿será el destino de éste, tan claro y a la vez tan exigente, hacer que no se olvide entre nosotros lo que puede llegar a ser la Ética cuando pretende hacer filosofía?» Semejante valoración, sin duda ambiciosa, parece justa si se atiende —y a eso se refiere— a la actitud filosófica con que el filósofo británico afronta los temas tratados en este opúsculo, aparecido en Londres en 1912. Podría resumirse esa actitud diciendo que Moore trata de modo más directo y claro posible los problemas fundamentales de la ética filosófica.

Basta echar un vistazo al índice para darse cuenta de que lo que se discute es, propiamente, lo que a la ética filosófica importa, y por tanto lo que un genuino libro de filosofía moral debe abordar: la naturaleza y la medida de lo justo y de lo bueno, la objetividad de los juicios morales, la libertad del arbitrio y el concepto de valor intrínseco; son, en efecto, temas medulares en la reflexión filosófica ética. No se cede aquí, pues, a lo que se halle generalizado en el comportamiento humano en un momento concreto, ni tampoco a la moda intelectual de una determinada época; la ética filosófica no se ocupa tanto de cómo se actúa o cómo se piensa cuanto, más bien, de cómo se debe actuar y cómo se debe pensar en asuntos morales. Por otro lado, Moore analiza los temas señalados prescindiendo de todo tecnicismo, con un rigor y claridad que muestra a un tiempo el carácter práctico de la ética y la exigencia filosófica de mirar las cosas mismas, más que la discusión polémica de teorías sobre ellas. De lo cual resulta que nos encontramos, en efecto, ante un auténtico libro de filosofía moral, un

modo ejemplar de ejercer la filosofía moral.

La ejemplaridad señalada se refiere, como se ha dicho, a los temas que trata y al modo como los aborda y analiza. En tal sentido, es un referente obligado también por la vasta y profunda influencia de este filósofo dentro y fuera de la ética para el estudioso de la filosofía moral. Pero este innegable mérito no prejuzga el acierto de los resultados alcanzados, pues la intuición humana, por límpida que pretenda ser, es falible. Y, desde este punto de vista, Moore aparece en este libro como un pensador paradójico, pues junto a certerísimas intuiciones parece ciego para otras.

Entre las primeras se encuentra oponiéndose audazmente al hedonismo imperante en la tradición británica la extensión de lo intrínsecamente valioso a otros objetos y actividades que no son el placer, así como la decidida defensa de la objetividad de nuestros juicios axiológicos y morales. Entre las segundas, sin embargo, hay que destacar que Moore mantiene su tesis principal utilitarista que ya mantenía en su primera obra mayor, *Principia Ethica*, según la cual es justa o debida la acción que produzca los mejores resultados posibles, lo cual le fuerza a afirmar frases como la siguiente: «Por ejemplo, de cualquier modo que definamos “el asesinar”, no es probable que no encontremos *algún* caso en el que sea justo asesinar; y de cualquier modo que definamos “la justicia”, es improbable que no haya *ningún* caso en el que sea justo hacer una injusticia» (p. 91).

De manera que, ciertamente, este opúsculo de Moore contiene, como una de sus tesis de fondo, un principio utilitarista que el sentido común moral se resiste con razón a aceptar. Pero, por el rigor y claridad de su discurso, su lectu-

ra contribuye a disipar un error más grave para la ética, que se vería reducida a sociología o política, y es el de anular todo sentido específico y objetivamente definible de la palabra «bueno»; e incluso el peligro tal vez mayor para la entera filosofía: la frivolidad intelectual que hoy vemos campear.

Sergio Sánchez-Migallón

Leonardo RODRÍGUEZ DUPLÁ, *Ética*, BAC, Madrid 2001, 289 pp., 14 x 21, ISBN 84-7914-595-1.

El presente libro es el primero de la serie de manuales de filosofía «Sapientia rerum» de la BAC; empresa necesaria en nuestra época tan falta muchas veces de rigor intelectual y de orientación clara, por ello el empeño es muy encomiable y muy de agradecer. Además, si lo dicho es aplicable a la filosofía en general, es aún más urgente en la ética.

No obstante aquella carencia mencionada, o tal vez precisamente por ello, el autor de este trabajo reconoce la dificultad de acometer la tarea de elaborar un manual de ética. Se trata, en efecto, de una disciplina en la que el desacuerdo es amplio y profundo, y en la que no pueden darse muchas veces resultados globales definitivos, esto es, teorías que logren reflejar la totalidad de las perspectivas que la vida moral presenta.

Semejantes dificultades llevan al autor a no partir en sus argumentaciones de una determinada doctrina metafísica que en el propio texto no puede fundamentar, además de que en dicho campo el desacuerdo es mayúsculo desde hace siglos; sin que ello quiera decir en absoluto, que se niegue la profunda relación entre ambos saberes, el ético y el metafísico. Se renuncia, por tanto, a una vía de fundamentación ética, por así decir,

indirecta. Pero esto tampoco conduce a elaborar un discurso a base de tesis tibias, faltas de convicción, propias de un pensamiento débil. El autor asume decididamente las evidencias que brinda la experiencia moral, así como las exigencias necesarias que ellas entrañan.

El resultado viene a ser un discurso ético directamente basado y contrastado por la experiencia, que se describe por cierto con un lenguaje claro y culto a la vez, combinación poco frecuente de manera pulcra y depurada. Una característica de dicha experiencia, como se hace notar a lo largo de todo el libro, es que no se trata de la sola experiencia sensible, de corte empirista, sino de la más amplia que recoge todo lo efectivamente vivido. En contraste con otros manuales, ofrece abundancia de ejemplos, no sólo para ilustrar lo expuesto sino para extraer de ellos auténtica enseñanza.

Desde esta luz aparece clara la estructura del manual. En una primera parte se caracteriza el objeto, la tarea y métodos de la ética. Allí se pone de manifiesto que la más inmediata cuestión que mueve a reflexionar sobre los principios de la ética es la que se pregunta por las acciones que deben o no deben hacerse; alejándose a la vez de una concepción de la ética que redujera toda su reflexión al campo de las acciones, que excluyera por tanto el ámbito de los sentimientos o de las virtudes. El criterio, como se ve, es el que exhibe la experiencia moral. Con el fin de exponer los presupuestos de la obligación moral, se incluyen unos capítulos que describen la acción misma y su carácter libre. Por lo que toca al método de la ética, el autor analiza cuidadosamente el método empirista, que se revela del todo insuficiente e incapaz de dar razón del hecho moral. Mas para su reflexión, la